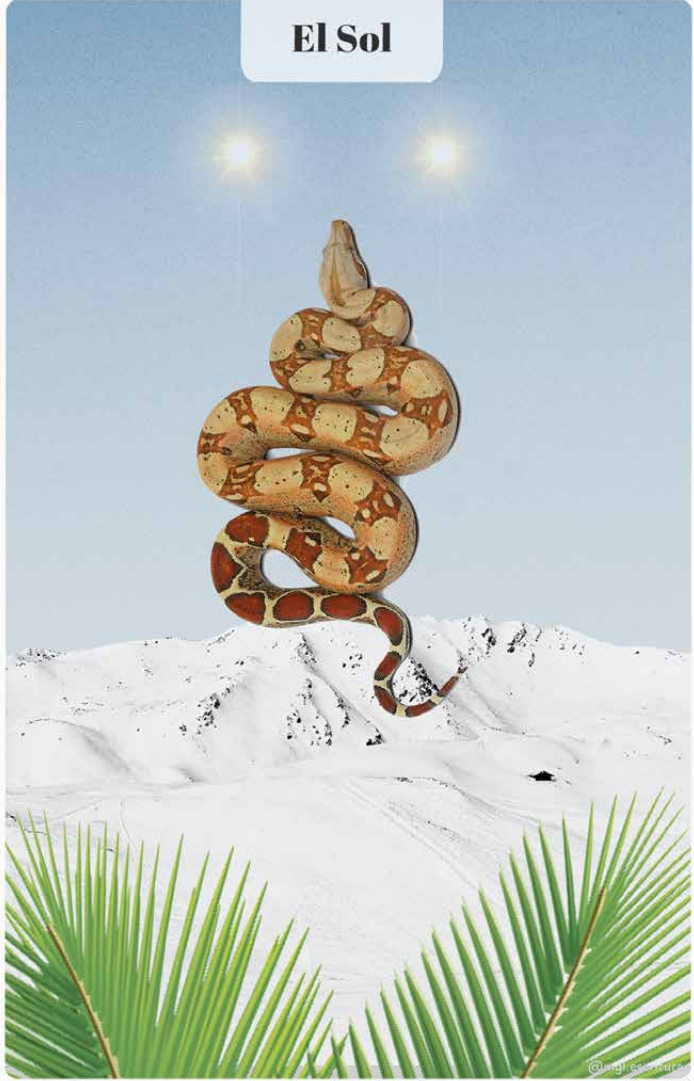


# El Sol



© Carta en la nieve, 2021

© John Petrizzelli, 2021

© de la ilustración: María Gabriela Lovera Montero

Petalurgia, 2021

Colección Arcania



petalurgia@gmail.com

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición general: Ma. Gabriela Lovera y José Miguel Navas

Selección de esta edición: José Miguel Navas

Diseño, maquetación e ilustración:

María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons:



Reconocimiento / No comercial

Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

# Carta en la nieve





Carta en la nieve  
John Petrizzelli

Colección Arcania

**El Sol**



@gigamonster

## ARCANO XIX

**T**odo empezó el día en que enormes olas invadieron las tierras llanas de aquel pequeño país insular, de espléndido clima tropical hasta el abrupto final de sus días. Como me correspondía, fui yo quien recibió el telegrama de la cancillería advirtiéndome del inminente desastre, antes de que se perdieran totalmente las comunicaciones. No en vano fui secretario, traductor, y de cierto modo confidente del señor embajador. Fueron más de diez años al servicio de la sede diplomática, donde todo funcionó como reloj suizo, hasta que la pequeña república fue borrada por completo, sumergida por el océano, en cuestión de horas: sus iglesias, oficinas públicas y hasta la más humilde vivienda. Un maremoto había terminado de descalabrar el país ecuatorial, assolado desde hacía décadas por desastres naturales, incluidos la erupción de un volcán y terremotos devastadores en los últimos tiempos.

La embajada de la ahora extinta nación no tenía ninguna justificación administrativa ni asidero legal, y

debía cerrar sus puertas para siempre. Quizás esta pérdida tan personal para el embajador pudo haber desencadenado los eventos que se sucedieron en tan corto tiempo y que resultaron en tan desconcertante final.

Si es cierto que el embajador era un individuo particular, taciturno y profundamente melancólico, también lo es que su conducta de caballero y diplomático fue siempre intachable. Lector empedernido, hombre equilibrado y refinado, médico de profesión. Generoso y cálido como el país del que venía y al cual representó tan dignamente. Siento que es mi obligación tratar de resumir para no olvidar y, quizás en un futuro comprender las palabras y acciones del embajador a partir de ese nefasto día, dando fe de la racionalidad y ecuanimidad del mismo durante los años de mi servicio en la embajada de la ahora sumergida república.

Esa mañana el embajador, en su paseo matutino, había encontrado una carta del tarot semienterrada en la nieve sucia que cubría la gélida capital donde poco brillaba el sol, oculto por la neblina del invierno y el humo de las industrias. Le pareció curioso encontrar en la baraja húmeda, la imagen de un sol radiante que abrasaba a dos gemelos desnudos, acariciándose el vientre, en aquella ciudad gris y fría, donde las temperaturas bajo cero se habían instalado desde finales del otoño. Al llegar a la embajada y antes de la minuta diaria, me mostró el naípe, compartiendo su comentario, antes de guardarlo en un bolsillo de su elegante chaqueta. Procedimos luego a revisar la agenda, redactar



algunas cartas y despachar los asuntos administrativos pendientes, que no eran muchos, por tratarse de una modesta embajada con tan solo algunos ciudadanos que atender, por lo que el embajador ejercía también las funciones de cónsul.

Al mediodía llegó el telegrama con la terrible noticia. No podía dar crédito al texto, pero en breve los teletipos de las agencias internacionales se hicieron eco de la tragedia. Me fue difícil informar al embajador lo que había sucedido, pero guardó la compostura. Me imagino lo terrible que fue descubrir que en tan solo unos minutos había perdido para siempre su patria, sin poder volver nunca más a pisar sus soleadas playas ni sus exuberantes junglas. La casa de su niñez y los cafetales vecinos ahora en el fondo del mar. Su bandera al gargete, arrastrada por la corriente, y el escudo del caballo blanco y las cornucopias rebosantes, curiosidad para los peces de las profundidades. En todo caso, se limitó a anotar estas reflexiones en su diario y tan solo me pidió preparar una nota informativa sobre lo ocurrido, retirándose por el resto del día a sus habitaciones.

A la mañana siguiente, cuando regresé a la embajada en medio de una tormenta de nieve, lo encontré leyendo la prensa en su despacho, vestido impecablemente como siempre pero con los pies desnudos sobre la alfombra. No hice ningún comentario al respecto. Procedió a dictar sus instrucciones diarias, entre las cuales destacaban: arriar el pabellón de la desaparecida nación, preparar una esquela fúnebre para la difun-

ta población y embalar vajilla y cristalería, utilizadas en las amenas y concurridas recepciones para agasajar a diplomáticos y a las autoridades del país anfitrión. Una minuta como correspondía al momento y que no obviaba el protocolo de las coronas fúnebres que se dispondrían en el salón principal de la residencia, mientras el embajador leía el discurso preparado para tan solemne y austera ocasión. Un solo detalle me pareció discordante. Todas las plantas ornamentales de la residencia debían ser trasladadas a su dormitorio de inmediato. Pensé que se trataba de una excentricidad del viejo viudo, apesadumbrado por lo sucedido y en necesidad de compañía, aunque fueran palmas enanas, bromelias y orejas de elefante. Dando por concluida la breve y concisa reunión, se retiró a sus aposentos, ordenándome ejecutar sus órdenes.

El clima del día de la ceremonia tornó la nieve en agua negra a causa de las inclementes lluvias. Pude notar que el primer ministro tenía los zapatos algo mojados, y el nuncio llevaba manchas de barro en su negra sotana, mientras el embajador leía su discurso de duelo protocolar por la «Nueva Atlántida», como tituló su elegía.

Se rehusó a usar calzado para el acto, a pesar de mi insistencia. Logré con dificultad ocultar sus pies desnudos tras el pedestal del busto que retrataba al héroe nacional, junto a cuya imagen se empeñó en pronunciar sus palabras de homenaje y despedida como funcionario y ciudadano. Las coronas fúnebres llenaban el so-

brio salón de elegante pero anticuado mobiliario, mientras el pobre apátrida evocaba las virtudes de su tierra natal, ahora en el lecho marino. Un terrible ataque de tos que tomamos por emoción le impidió terminar el discurso. Abandonó la ceremonia, encerrándose en sus cuartos. Pude concluir el protocolo gracias a la comprensión de todos los presentes, ya que el embajador se había granjeado por su afabilidad y cortesía las simpatías de gobierno y oposición, diplomáticos y letrados. La lluvia arreciaba y se avecinaba un ciclón de grandes proporciones, lo que aconsejaba un pronto retiro.

Entrada la noche, recibí una llamada suya mientras cenaba con mi esposa y mis dos pequeños perros. Esta vez sí me pareció que la naturaleza de sus instrucciones había perdido de algún modo el norte, pero procedí a cumplir cada una de ellas al tercer día del cataclismo.

La primera, despedir a los empleados domésticos de la embajada no sin antes bonificarlos espléndidamente. El embajador se encargaría personalmente de la limpieza, y ordenaba llevar todos los plumeros a su habitación. La segunda, más sorprendente, adquirir una docena de pájaros tropicales en existencia y llevarlos a la embajada a primera hora. La tercera y última, lanzar al fétido río de la capital, de noche y sin ser visto, todos los libros de su extensa biblioteca. Quise entonces consultar con su médico, pero por prudencia decidí esperar hasta la próxima jornada.

Durante las primeras horas del día siguiente y en

medio de la lluvia incesante, llegaron los empleados a cumplir con las labores asignadas. La enorme biblioteca quedó totalmente vacía y los libros en grandes cajas se acumulaban en la entrada de la ahora ex embajada, esperando la noche. El empleado de una pajarera llegó con una gran jaula de guacamayas y algunos turpiales y loros. Ordené llevarlos a los aposentos del embajador y, cuando entré para recibir nuevas instrucciones me ordenó liberarlos de inmediato. Sorprendido, procedí a abrir la jaula y los pájaros asustados volaron por la estancia repleta de plantas ornamentales. El embajador, sin camisa ni zapatos, miraba interesado por la ventana cómo la lluvia castigaba el triste y gris vecindario de casonas señoriales ahogadas por el invierno. Me pidió sentarme y escucharlo. Así lo hice, un poco desconcertado por el inusual aspecto del lugar y de su ocupante. Sin justificación alguna, me relató el sueño que lo había despertado esa madrugada, luego de una abundante cena que lo mantuvo muchas horas despierto. En este, no era humano, sino una gran anaconda que hacía la digestión a orillas de un caño terroso. Había devorado un inmenso roedor y lo digería lentamente, como es usual en estos reptiles. De improviso, el inclemente sol ecuatorial comenzó a duplicarse, a crear un gemelo tan poderoso con el que compartió pronto la esfera celeste. La temperatura producida por estos astros idénticos comenzó a derretir la selva, que fluía en verde y espeso liquido hacia el afluyente donde el embajador anaconda digería su presa. La fuerza del fluido

caudaloso arrastró a la soñolienta culebra de agua a un gran río tropical. Allí se vio obligada a navegar mientras los soles mellizos fulminaban paisaje y animales, convirtiéndolos en espeso líquido. La anaconda se dio cuenta de que su vida peligraba y se apresuró aguas abajo. En ese punto, me dijo, se despertó inquieto. Una enorme planta se había partido en dos, cayendo sobre su cama.

Le pregunté por qué me contaba ese sueño y no me respondió. Procedí a pedirle las instrucciones del día y me informó que no había ninguna, por lo cual me retiré de la sede, no sin antes llamar por teléfono a su médico personal, exponiéndole las razones por las cuales consideraba urgente su presencia en la embajada. Acordamos vernos allí a primera hora del próximo día.

La nieve caía con fuerza en medio de una tromba de viento, cuando el doctor y yo nos encontramos en el portón de la embajada. Al entrar al jardín, observamos cómo el peso de la nieve había derrumbado un gran roble y este reposaba sobre las ventanas de cristales rotos en un flanco del caserón. Sobre la nieve yacían congeladas las guacamayas, loros y turpiales adquiridos recientemente. Temiendo lo peor, accedimos al inmueble.

Entramos a los aposentos del embajador y no encontramos rastros de este. Las habitaciones se hallaban en total desorden, debido al viento que entraba libremente por los ventanales rotos. Ropas, papeles y hojas de árboles y plantas giraban en remolino por el

lugar. En la cama, se podían observar grandes restos escamosos similares a los que deja una serpiente cuando muda de piel. Este hallazgo nos confundió aún más, y decidimos buscar al embajador en cada rincón de la casona, temiendo le hubiera sucedido algo. La búsqueda resultó inútil, se había esfumado por completo.

Al volver a la habitación para examinar con más detalle los restos de piel sobre la cama del embajador, estos habían desaparecido, arrastrados por el viento que se manifestaba aún más inclemente. Al proceder a abandonar la estancia para informar a la Policía sobre el misterioso asunto, pude distinguir, entre los objetos impulsados por el remolino, la carta del tarot que el embajador había hallado en la nieve el día en que empezaron a desencadenarse estos extraños acontecimientos. La perseguí y logré atraparla, después de tropezar varias veces en mi carrera. Al observarla, noté enseguida que las imágenes de la baraja no eran las mismas que había visto cuando el embajador me la mostró, al rato de encontrarla semienterrada en la nieve. El sol radiante que abrasaba con sus rayos a los dos gemelos había desaparecido. En su lugar, una anaconda navegaba por un río oscuro en la superficie de la baraja.

Una serie de eventos difíciles de explicar, que marcaron el final de una lejana nación y de un caballero cabal, que honraba su desaparecido gentilicio y del que nunca más se tuvo noticia alguna.



Escritor, guionista y director de cine italo-venezolano. Ha escrito y dirigido películas de ficción y documentales. Entre sus producciones se encuentran los largometrajes: *María Lionza*, *Aliento de Orquídeas*, *Er Relajo der Loro*, *Ti@s* y *Bárbara* producidas entre 2007 y 2018. Sus películas han sido galardonadas con diferentes premios internacionales. Ha escrito los libros de prosa *Negro lógico* (1978), *Historias para las posibilidades del músculo* (2017) y *El conjuro de los cardos* (2020).



[www.petalurgia.com](http://www.petalurgia.com)  
[petalurgia@gmail.com](mailto:petalurgia@gmail.com)  
[@petalurgia](#)